

SANDRA PINARDI

PENSAMIENTO IDEOLÓGICO O HANNAH ARENDT: LA LÓGICA DEL LA RADICALIDAD DEL MAL

Resumen: El presente artículo indaga acerca de una de las tesis que propone Hannah Arendt en su texto: *Los orígenes del totalitarismo*. Hannah Arendt afirma que los totalitarismos del siglo XX se distinguen de otras formas tiránicas de gobierno, porque se fundan y actúan de acuerdo a la *lógica propia del pensamiento ideológico*, un tipo particular de “ideología” que se constituye privilegiando los aspectos de movimiento, técnicos y mecánicos, a saber, el proceso y el sistema, por sobre la significación y los sentidos, y que tienen como consecuencia la anulación de toda posibilidad de acción individual reflexiva o libre. Para comprender esta lógica del pensamiento ideológico, así como sus consecuencias, es necesario recorrer algunos de los fenómenos que Arendt analiza en su texto y que constituyen el cimiento de sus reflexiones, tales como el de la “impermanencia” y el de la “Sociedad del Uno”.

6

Palabras claves: totalitarismo, idealismo, sociedad de masas.

HANNAH ARENDT: THE LOGIC OF IDEOLOGICAL THROUGH OR THE RADICALISM OF EVIL

Abstract: In this article we examine one of the theses proposed by Hannah Arendt in her book: *The Origins of Totalitarianism*. Hannah Arendt asserts that XXth century totalitarianism can be distinguished from other forms of tyrannical governments, because its foundation and action are based on *the logic of ideological thought*, a particular kind of “ideology”, privileging technical and mechanical movement, processes and systems, over meanings, therewith canceling every possible reflexive or free individual action. To understand this logic of ideological thought and its consequences, it is necessary to consider some phenomena analyzed by Arendt in her text, such as, “impermanence” and “society of the one”.

Keywords: totalitarianism, ideology, society of masses.

En *Los orígenes del totalitarismo*, publicado en su primera versión en 1951, Hannah Arendt hace un registro detallado de cuáles son las marcas distintivas y determinantes de los regímenes totalitarios del siglo XX, partiendo de la premisa de que estos regímenes constituyen unas formas absolutamente nuevas de organización socio-política y de dominio. Este texto ha generado muchas dudas en los ámbitos académicos y teóricos, algunas de ellas relacionadas con el paralelismo que Arendt establece entre el nazismo de Hitler y el comunismo de Stalin, otras referidas a diferentes aspectos específicos de su análisis que a veces parecen teñidos de una cierta nostalgia por tiempos ausentes o que se proponen como siendo observados desde una mirada demasiado comprometida con historias étnicas o grupales específicas; a pesar de todas esas posibles críticas es innegable –y de algún modo inagotable– la fuerza con la que este texto reflexiona acerca de los sistemas totalitarios, concibiéndolos como inéditas formas de autocracia, que no pueden comprenderse desde la tradición ni desde las ideas más difundidas del pensamiento político occidental. En efecto, Hannah Arendt entiende que los regímenes totalitarios del siglo XX son unas formas inéditas, que brotaron de la sociedad occidental misma, de sus corrientes subterráneas, y que empujaron a esa misma sociedad a perseguir fantasías de dominación y venganza, en un movimiento sin fin, sin continente y sin contención.

Su registro de las marcas distintivas de los regímenes totalitarios tiene como fenómenos inmediatos de análisis los regímenes europeos liderizados por Hitler y Stalin; a partir de ellos, Arendt recorre retrospectivamente los pasos que condujeron, o dieron lugar, a que esos sistemas de dominio aparecieran y se consolidaran, mostrando así mismo la profundidad con la que han herido la condición humana y la cultura occidental. En esta obra Hannah Arendt inicia su recorrido de la historia política del Occidente moderno en el siglo XIX, con un riguroso estudio de la “nación-estado” –la fórmula moderna de organización política– en el que nos pone en evidencia cómo en ese modelo se gestó, justamente por las con-

tradiciones que se tensaban entre el carácter abstracto de su “constitución” y el principio de nacionalidad como prerrequisito de ciudadanía, un racismo –antisemitismo en su análisis específico– que sirvió de catalizador de las diversas intranquilidades y malestares sociales. Igualmente destaca, en esta historia política, cómo la expansión imperialista se consolidaba comerciando con la crueldad y la muerte. La conclusión de esta historia política la constituye su análisis de los regímenes totalitarios, en los que encuentra expuesta la “naturalidad verdaderamente radical del mal”.

Una de las principales tesis que Arendt expone en esta obra es que estas formas de dominio “inhumanas” son el producto de una radicalización extrema de ciertos principios y fundamentos modernos, a saber, que los totalitarismos del siglo XX son el producto y la consecuencia de un mundo –una cultura– que actúa exclusivamente de acuerdo a la *lógica propia del pensamiento ideológico*, en la que se da lugar a un fanatismo idealista que puede distinguirse claramente cualquier tipo de idealismo,¹ y que se constituye privilegiando los aspectos técnicos y mecánicos, el sistema mismo, por sobre los de significación y sentido, clausurando con ello toda posibilidad de una acción individual reflexiva o libre. En este sentido, el presente artículo tiene como objetivo indagar –desde el propio texto de Arendt– acerca de la forma que posee esa “lógica del pensamiento ideológico” que fundamenta y es-

¹ “Sería ingenuo considerar como simple expresión del idealismo ferviente a esta tozudez de convicciones que supera todas las experiencias conocidas y que cancela todo inmediato interés por sí mismo. El idealismo, loco o heroico, siempre procede de una decisión y de una convicción individuales y está sujeto a la experiencia y a los argumentos. El fanatismo de los movimientos totalitarios, contrario a todas las formas de idealismo, se rompe en el momento en el que el movimiento deja a sus fanáticos seguidores en la estacada, matando en ellos cualquier convicción que quedara de que pudieran haber sobrevenido al colapso del mismo movimiento. Pero dentro del marco organizador del movimiento, mientras que los mantenga unidos, los miembros fanatizados no pueden ser influidos por ninguna experiencia ni por ningún argumento; la identificación con el movimiento y el conformismo total parecen haber destruido la misma capacidad para la experiencia, aunque esta resulte tan extremada como la tortura o el temor a la muerte”. Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Ed. Taurus, 4ta. edición, 2004, p. 574.

estructura los nuevos totalitarismos, así como acerca de las consecuencias que, a decir de nuestra autora, tienen en el “ser hombre” del hombre moderno y, podríamos decir, contemporáneo.

I. Los lugares de la impermanencia

Para Arendt, una de las características más distintivas de los movimientos totalitarios es eso que denomina la “impermanencia”, y que encuentra evidenciada, por ejemplo, en la “sorprendente celeridad con la que son olvidados y la sorprendente facilidad con que pueden ser reemplazados”.² Esta “impermanencia” nos permite distinguir claramente los totalitarismos modernos de otras formas tiránicas de gobierno que se han dado a lo largo de la Historia, porque pone de relieve su *naturaleza* más específica: da cuenta de una experiencia política que, paradójicamente, se instala entre los hombres alienándolos radicalmente de sí mismos, de sus circunstancias, de su vida privada, así como de la acción pública y de la posibilidad de reconocerse como sujetos históricos o de anticipar su futuro. Atendiendo a la idea de impermanencia, Hannah Arendt, propone que la naturaleza más propia de los totalitarismos está dada porque en ellos acontece una experiencia política que es siempre, a la vez, la imposibilidad misma de cualquier experiencia:

Los gobiernos totalitarios, como las tiranías, no podrían ciertamente existir sin destruir el terreno público de la vida, es decir, sin destruir, aislando a los hombres, sus capacidades políticas. Pero la dominación totalitaria como forma de gobierno resulta nueva en cuanto que no se contenta con este aislamiento y destruye también la vida privada. Se basa ella misma en la soledad, en la experiencia de no pertenecer en absoluto al mundo, que figura entre las experiencias más radicales y desesperadas del hombre.³

La impermanencia no es sólo una condición temporal, ni se refiere únicamente a las estructuras legales o de legitima-

² *Ibid.*, p. 385.

³ *Ibid.*, p. 576.

ción de esos regímenes, sino que tiene que ver especialmente con la “condición” a la que esas estructuras destinan al hombre, al modo de vida a que lo confinan.⁴ En efecto, para Arendt el hombre pierde cualquier posibilidad de encontrarse en el mundo, formando parte activa de él, y está preso en una realidad ajena cuyas determinantes lo sobrepasan y lo destierran: una realidad in-humana (idealidad pura, abstracción), en la que el espacio no tiene límites y no se hace lugar, en el que el tiempo no posee duración y escapa a cualquier medida, un “mundo” trascendente a los hombres y también a las comunidades, en el que se piensa en continentes y se siente en siglos.

En efecto, esa impermanencia es producto de que el mundo ha sido definitivamente desplazado a espacios esenciales, a los ámbitos de permanencia absoluta de la Naturaleza o la Historia: lo inmediato y circunstancial es experimentado como un peldaño, una pálida sombra, una realidad provisional, que está allí y existe sólo como manifestación o efecto de unas fuerzas originarias y suprahumanas, y cuyo único significado es el de fungir de medio para la concreción y realización de esas fuerzas. Por ello cambia continuamente: es lo que debe ser superado, lo que tiene que ser modificado para la realización del destino final, para el cumplimiento de la promesa que se entreteje en esas fuerzas históricas o naturales. La impermanencia tiene que ver, entonces, esencialmente con que el mundo actual y la experiencia cotidiana son sólo un medio para el advenimiento necesario de un mundo absoluto, perfectamente delimitado y cerrado.

Esa anulación de la actualidad en pos de un tiempo futuro –siempre aplazado– hace que esta condición provisional, esta volubilidad, de los sistemas totalitarios, sea pensada por Arendt como la exhibición de una realidad que es en sí misma “puro

⁴ “Esta impermanencia tiene, sin duda, algo que ver con la proverbial volubilidad de las masas y de la fama que al respecto se le atribuye; pero muy probablemente puede remontarse a la manía del desplazamiento perpetuo de los movimientos totalitarios, que sólo pueden hallarse en el poder mientras estén en marcha y pongan en movimiento a todo lo que se halla en torno a ellos”. *Ibid.*, p. 386.

movimiento”, que se realiza como orden mecánico, que está constantemente reinaugurándose, desplazándose, cambiando. La “impermanencia” refiere a una realidad cuya única constitución posible es la transformación constante, que se consolida como proceso, transcurso o paso. En este sentido, no es sólo una disposición esencial para el cambio ni una suerte de “apertura a lo nuevo”, sino también una clausura del pasado en el que éste se hace olvido radical. Por ello, la impermanencia no nos describe un modo de acontecer, sino que hace evidente un mecanismo brutal de alienación, mediante el cual los hombres –y los pueblos– son negados a su propia experiencia y a su existencia, son excluidos de todos los lugares y de cualquier circunstancia.

Arendt entiende esta impermanencia esencial desde dos aspectos, por una parte, desde la ausencia absoluta de determinación espacio-temporal, de circunscripción, que la caracteriza; por la otra, como el resultado de una comprensión abstracta –ideológica– de la realidad, como la concreción de un orden puramente discursivo.

La ausencia de determinación espacio-temporal no niega, por supuesto, que los regímenes totalitarios estén inscritos en un momento preciso de la Historia o que se den en lugares determinados, sino que lo que pone en evidencia es que se piensan a sí mismos como divorciados, desprendidos, de cualquier circunstancia y, con ello, de la experiencia misma a través de la que existen, en la que ocurren.

En esta situación el hombre pierde la confianza en sí mismo como compañero de sus pensamientos y esa elemental confianza en el mundo que se necesita para realizar experiencias. El yo y el mundo, la capacidad para el pensamiento y la experiencia, se pierden al mismo tiempo.⁵

Los regímenes totalitarios son impermanentes porque han cancelado los lugares y el tiempo en una pretensión de absoluto, en su simulacro de plenitud que subsiste sólo en la medida en que pueden, continuamente, desvalorizar y negar

⁵ *Ibid.*, p. 578.

los espacios reales de la experiencia y la vida, de la diferencia y la disidencia; son impermanentes, entonces, porque no dan lugar a la vida: la convierten en número (hombre-masa) o en engranaje (hombre-ejecutor).

Un ejemplo de esta impermanencia formal es la que tiene que ver con la ley y los modos de legitimación de estas formas de gobierno. Al respecto Hannah Arendt nos dice:

La política totalitaria no reemplaza un grupo de leyes por otro, no establece su propio *consensus iuris*, no crea, mediante una revolución, una nueva forma de legalidad. Su desafío a todo, incluso a sus propias leyes positivas, implica que cree que puede imponerse sin ningún *consensus iuris* y que, sin embargo, no se resigna al estado tiránico de ilegalidad, arbitrariedad y temor. Puede imponerse sin el *consensus iuris*, porque promete liberar a la realización de la ley de toda acción y voluntad humana; y promete la justicia en la Tierra porque promete hacer de la humanidad misma la encarnación de la ley.⁶

El fundamento de los gobiernos totalitarios es una promesa de trascendencia, a saber, la construcción de la “humanidad”, un todo absoluto, cerrado, en el que no haya distancia ni diferencia, un “estado perfecto”. En este sentido, el puro movimiento se presenta como el requisito necesario de esa estabilidad sin fisuras que constituye su concreción, su destino. En virtud de la perfección futura de la realidad, todas las leyes se convierten en leyes de movimiento:

Cuando los nazis hablan de la ley de la Naturaleza o cuando los bolcheviques hablan sobre la ley de la Historia, ni la Naturaleza ni la Historia son ya la fuente estabilizadora de la autoridad para las acciones de los hombres mortales; son movimientos en sí mismas.⁷

La “ley” se convierte, entonces, en la expresión del movimiento mismo, negando su condición de marco o estructura, y proponiéndose como procedimiento, como una tecnología. Una tecnología que no persigue otra cosa que la cons-

⁶ *Ibid.*, p. 562.

⁷ *Ibidem.*

trucción de la humanidad –una promesa, una finalidad puramente discursiva– y que, en esa medida, niega las partes, los hombres, los momentos a favor del todo, la especie o el futuro.

En efecto, en los movimientos totalitarios todo “momento” específico se invalida porque se le considera sólo como un paso, una etapa; toda circunstancia particular pierde significado al confrontarse con la plenitud de ese “destino” absoluto que debe su consistencia a la reiteración de los discursos y las ideas; la impermanencia describe, entonces, un “estado de cosas” en el que la existencia se convierte en pura negatividad: un ahora sin consistencia ni relevancia, un lugar que es sólo el preámbulo de algo otro, una vida sin resguardos entregada a identificaciones automáticas y prerreflexivas, una sociedad convertida en un Uno: inexistente, impensable.

El objetivo práctico del movimiento consiste en organizar a tantos pueblos como le sea posible dentro de su marco y ponerlos y mantenerlos en marcha: un objetivo político que constituyera el final del movimiento simplemente no existe.⁸

En efecto, puro movimiento, acción sin destino hacia un “destino común” que es una pura operación discursiva, una proposición sin figura ni contenido específico. Porque no hay finalidad, no hay, en sentido estricto, una “esfera pública” en la que actuar o a la que pertenecer en el puro movimiento que son los regímenes totalitarios lo común es un agregado ; –individuos atomizados, aislados– que exige, para establecerse, “una lealtad total, irrestringida, incondicional e inalterable” justamente porque no se hace de conexiones ni de comprensión, porque no se instaura como comunidad: ésa es la sociedad del Uno, una que “se halla desprovista de todo contenido concreto”, una falsificación del “entre-todos”, un simulacro inscrito en el olvido permanente.

⁸ *Ibid.*, p. 408.

El “ser de masa”: las lagunas de la identidad

En un perfecto gobierno totalitario, donde todos los hombres se han convertido en Un Hombre, donde toda acción apunta a una aceleración del movimiento de la Naturaleza o de la Historia, donde cada acto es la ejecución de una sentencia de muerte que la Naturaleza o la Historia ya han decretado, es decir, bajo condiciones donde cabe apoyarse completamente en el terror para mantener al movimiento en marcha constante, no se precisa en absoluto de ningún principio de acción separado de su esencia.⁹

Si la impermanencia es el fenómeno más característico de los totalitarismos, Hannah Arendt busca comprender cuáles son las circunstancias socio-políticas o culturales que permiten su advenimiento. Reconoce, en este sentido, que están directamente vinculados con las sociedades de masas, que sólo son posibles en ellas, específicamente en una cierta forma particular de esas sociedades, aquella que define como la “sociedad del Uno” y que está caracterizada por una solidaridad negativa,¹⁰ que surge como consecuencia de una experiencia de fracaso, tanto individual como colectiva:

El término masa se aplica sólo cuando nos referimos a personas que, bien por su puro número, bien por indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integrados en ninguna organización basada en el bien común.¹¹

Para H. Arendt las sociedades de masas son aquellas que se establecen por “la pura fuerza del número”, en las que no hay “intereses comunes” ni “objetivos obtenibles”. Una sociedad de masas se instaura en el desprecio por el valor de la vida humana,¹² no sólo porque todo individuo y toda expe-

⁹ *Ibid.*, p. 567.

¹⁰ Cf. párrafo 1 “Las masas”, Capítulo X, *ibid.*, pp. 385-408.

¹¹ *Ibid.*, p. 392.

¹² Cf. “...fenómenos tan inesperados e imprevisibles como la pérdida radical del interés por sí mismo de cada uno. La indiferencia cínica o aburrida frente a la muerte u otras catástrofes personales, la inclinación apasionada hacia las nociones más abstractas como guías de la vida, y el desprecio general incluso por las normas más obvias del sentido común.” *Ibid.*, p. 397.

riencia particular se hacen superfluos, sino principalmente porque se ha escindido, de forma violenta, la existencia.

Dentro de la sociedad de masas, la *sociedad del Uno*, encarnada siempre en un alguien que es a la vez todos y cada uno, aparece cuando el aislamiento y la falta de sentido individuales encuentran su solución en un mandato de la Naturaleza o la Historia, siempre de carácter abstracto, ideal, más allá de lo concreto y vivible; gracias a ello los hombres-masa se hacen hombres-engranaje pudiendo obliterar su existencia, su sentimiento de fracaso o injusticia, bajo la "...primacía de la acción pura y bajo la abrumadora fuerza de la pura necesidad".¹³ La sociedad del Uno es una suerte de "cuerpo" en el que se expresa la Naturaleza o la Historia, un cuerpo que se rige por las leyes necesarias de un destino ante el cual es ciego, y es un mero instrumento; los hombres se hacen engranajes de un mecanismo¹⁴ y una razón –una ley– que los contiene y sobrepasa. En este sentido, la sociedad del Uno es, podríamos decir, la forma de alienación más sofisticada que se ha dado en occidente, una en la que la dominación del hombre no tiene restricciones, y es a la vez lograda por mecanismos externos –Estado, maquinarias de violencia– y por medio de la apropiación de las conciencias y los sentimientos.

La sociedad del Uno sólo es posible en la anulación de la existencia, es decir, allí donde no hay identidad ni distancia, donde el ser que se es, el que cada quien es, ha devenido una laguna: informe e indeterminado. ¿Cómo pueden la existencia y la experiencia desaparecer del horizonte de los hombres, ser obliteradas? Hannah Arendt entiende que ésa es justa-

¹³ *Ibid.*, p. 414.

¹⁴ Cf. "La abnegación peculiar del hombre masa aparecía ahora como un anhelo de anonimato, por ser justamente un número y funcionar solamente como un engranaje que, por todas las transformaciones, en suma, que barrera las espurias identificaciones con tipos específicos o funciones predeterminadas dentro de la sociedad. La guerra había sido experimentada como la 'más poderosa de todas las acciones de masa' que borraba las diferencias individuales de forma tal que incluso los sufrimientos que tradicionalmente habían diferenciado a los individuos a través de destinos únicos e inalterables, podían ser ahora interpretados como 'un instrumento de progreso histórico'". *Ibid.*, p. 412.

mente la consecuencia necesaria del triunfo de un mundo idealizado, en el que la ideología, abandonando sus contenidos, dando la espalda a sus fenómenos y concreciones, se ha transformando en una pura *lógica* de la idea. Los significados se han desplazado de la vida y la existencia individual al absoluto de la Naturaleza o de la Historia, y el mundo no está hecho de personas o individuos sino de lugares por los que transitan y se realizan esos impulsos absolutos, encarnados por igual en el líder y en los seguidores.

En efecto, la sociedad del Uno no es una comunidad de hombres sino una suerte de agregado de sitios de realización, que están vinculados entre sí por una “solidaridad negativa, nueva y aterradora” que reemplaza la reflexión con el resentimiento, la esperanza con la disolución, la promesa con la resignación.

Los habitantes de un país totalitario son arrojados y se ven cogidos en el proceso de la Naturaleza o de la Historia con objeto de acelerar su movimiento: como tales, sólo pueden ser ejecutores o víctimas de su ley inherente.¹⁵

La sociedad del Uno, encarnada siempre en alguien, está marcada por el aislamiento y la impotencia, y es posible sólo porque en tanto que cuerpo de la Naturaleza o la Historia, ella es la encarnación de una idealidad, de una abstracción, de una ideología convertida en técnica y desprovista de contenidos. Esta forma específica de ideología es el fundamento de los regímenes totalitarios, es la expresión de “la radicalización del mal”, porque es un mundo que funciona únicamente en virtud de la lógica misma que constituye el proceder del pensamiento ideológico; una lógica del pensamiento ideológico en el que las ideas son desplazadas por los mecanismos, y desde la que el “puro movimiento” puede ponerse en marcha, de manera autónoma, más allá de la vida y las experiencias.

Lo que distingue a estos nuevos ideólogos totalitarios de sus predecesores estriba en que ya no era primariamente la ‘idea’

¹⁵ *Ibid.*, p. 568.

de la ideología –la lucha de clases y la explotación de los trabajadores o la lucha de razas y el cuidado de los pueblos germánicos– lo que les atraía, sino el proceso lógico que podía desarrollarse desde ahí.¹⁶

III. La lógica de la idea o la radicalidad del mal

La ideología reducida a puro mecanismo, entendida como “lógica del pensamiento ideológico” es, en este sentido, para Arendt el fundamento del totalitarismo, la que lo hace posible y también lo que lo perpetúa, su principio de acción y su destino; su naturaleza, como decíamos, es el movimiento puro, un movimiento incontenible que se hace ley y se ejecuta como terror.

¿Cómo es esa particular forma de ideología, en qué se diferencia de las restantes? En primer lugar, es una ideología estructurada alrededor de una “idea” tan genérica y tan abstracta que está absolutamente desprovista de contenido o concreción, a saber, la idea de la *fabricación de la humanidad*. Esa idea no es una idea de humanidad ni se corresponde con alguna imagen de “bienestar” o alguna proposición de “perfección”, en ella lo esencial está denotado por el verbo “fabricar”; es decir, constituir por medio de artificios y operaciones técnicas una realidad que pueda contenerlo y reducirlo todo. Arendt propone que el sustrato de toda ideología es este ejercicio irrestricto de dominio; pero, que en los mundos totalitarios, ese sustrato se ha hecho en sí mismo contenido y finalidad. La idea es, entonces, el proceso mismo de fabricación de la humanidad, el movimiento mismo se ha convertido en un absoluto sin concreción posible, que contiene y absorbe por igual a la Naturaleza –a la que dará cumplimiento– y a la Historia –que la concreta–. En segundo lugar, es una ideología que da preeminencia a sus aspectos tecnológicos, en la que se han sustituido las referencias, las experiencias, los sentidos, las interpretaciones, el mundo de las parcialidades y las circunstancias, por mecanismos, explicaciones, planes y proposiciones, por el ámbito puro de las totalidades.

¹⁶ *Ibid.*, p. 572.

Ubicada más allá de todo espacio o tiempo, la “fabricación de la humanidad” es ese “destino común” que cohesiona la sociedad de masa haciéndola un Uno, y pone en funcionamiento la maquinaria del “puro movimiento”; un “destino común” que no es existencial sino absoluto –que es la consecuencia lógica de la propia “idea” técnica que lo figura– y que, por ello mismo, no está interesada en la vida o en los hombres, en las condiciones de la experiencia, sino únicamente en su realización. Un destino común que surge de la Naturaleza misma o que contiene y determina la Historia.

Esta idea: la fabricación de la humanidad, sea cómo determinación de la Naturaleza o como única finalidad posible de la Historia, es pensada como una realidad esencial, la esencia misma de lo humano (allí donde es verdaderamente y permanece), como su expresión acabada y concreta. Esa humanidad aparece, entonces, como producto de unas fuerzas supra-humanas, que la hacen necesaria y desde las que su consecución responde únicamente a leyes mecánicas, no requiere de la intervención libre y creadora de los hombres.

Los habitantes de un país totalitario son arrojados y se ven cogidos en el proceso de la Naturaleza o de la Historia con objeto de acelerar su movimiento, como tales sólo pueden ser ejecutores o víctimas de su ley inherente.¹⁷

En este sentido, es una suerte de humanidad ideal con respecto de la que los hombres se “bestializan”, debido a que, por una parte, pierden su libertad y la posibilidad de crear nuevamente el mundo, de comenzar de nuevo, y por la otra, como dice Arendt, existen en el desarraigo y la superfluidad:

Estar desarraigado significa no tener en el mundo un lugar reconocido y garantizado por los demás; ser superfluo significa no pertenecer en absoluto al mundo. El desarraigamiento puede ser la condición preliminar de la superfluidad.¹⁸

¹⁷ *Ibid.*, p.568.

¹⁸ *Ibid.*, p. 576.

La humanidad no comprende a los hombres sino que los usa como lugares de su acontecer, como medios “destruye la pluralidad de los hombres y hace de ellos El Único que actuará infaliblemente como si él mismo fuera parte del curso de la Historia o del de la Naturaleza”.¹⁹

En este sentido, la ideología que se da en los sistemas totalitarios no es un simple cuerpo de proposiciones a través de las cuales una idea puede exponerse en sus implicaciones o puede explicarse, por el contrario, es básicamente el proyecto de su consolidación: la estructura lógica que la concreta. A saber, en tanto que “lógica de la ideología”, esta ideología convierte su objetivo, su preocupación y finalidad en la única ley verdadera: una ley inmanente que es, a la vez, esencia, mecanismo y principio regulador, que se implanta como un instrumento de concreción, que transforma los contenidos en marcos y hace de las posibilidades necesidades. Gracias a esa instrumentalización de la “idea”, la ideología se establece como un sistema cerrado que, procediendo por identidad y exclusión, admite como posible o existente únicamente aquello que es “derivado” de la idea, y declara excluido –inexistente e imposible– todo lo Otro.²⁰ Si la idea es, como decíamos, la “fabricación de la humanidad”, eso Otro incluye tanto la experiencia individual, el mundo concreto de la vida, como cualquier forma de libertad intelectual o de acción creadora, lo Otro es básicamente el hombre y las circunstancias específicas de su existencia.

Las ideologías totalitarias implantan una lógica negativa que más que identificar procede anulando cualquier espacio de contradicción o disidencia; en efecto, una lógica que produce sólo reproduciéndose a sí misma, sobre el principio de que todo se halla ya comprendido en el proceso consistente de deducción lógica: una explicación total, una visión de mundo unitaria, la cual:

¹⁹ *Ibid.*, p. 566

²⁰ “Lo que hace encajar a la ‘idea’ en su nuevo papel es su propia ‘lógica’, es decir, un movimiento que es consecuencia de la misma ‘idea’ y no necesita de ningún factor exterior para ponerse en marcha”. *Ibid.*, p. 569.

...promete explicar todo el acontecer histórico, la explicación total del pasado, el conocimiento total del presente y la fiable predicción del futuro (...) el pensamiento ideológico se torna independiente de toda experiencia de la que no puede aprender nada nuevo incluso si se refiere a algo que acaba de suceder. Por eso, el pensamiento ideológico se torna emancipado de la realidad que percibimos con nuestros cinco sentidos e insiste en una realidad ‘más verdadera’, oculta tras todas las cosas perceptibles, dominándolas desde este escondrijo y requiriendo un sexto sentido que nos permita ser concientes de ella.²¹

En tanto que “lógica de la ideología”, la ideología que se instaura en los totalitarismos puede establecer explicaciones sin lagunas ni rupturas que se hacen cargo, por igual, del presente, del pasado y del futuro, que no otorgan espacio a la duda porque se independizan de la experiencia, porque se emancipan de la realidad. Estas ideologías falsifican: fuerzan todo acontecimiento hasta adecuarlos a los marcos de sus propios argumentos, procede modificando la realidad conforme a sus afirmaciones y argumentaciones. A saber, el ejercicio de poder que compete a estas formas de ideología es aquel que logra modificar la realidad haciéndola aparecer conforme a lo que sus propias afirmaciones determinan, Arendt destaca que esta sustitución o reducción de la realidad a un conjunto de afirmaciones se logra gracias a que la consistencia propia de la deducción lógica, su absoluta coherencia, es imposible encontrarla en los terrenos de la experiencia, en el mundo de la vida. La lógica de la ideología falsifica porque sustituyen las fisuras de la experiencia por una “realidad mecánica perfecta” ante la que cualquier fenómeno se deva- lúa. Es justamente esta falsificación, esta sustitución, lo que Hanna Arendt entiende como “la radicalización del mal” que se expresa en la forma más sofisticada del terror, a saber, la del absoluto aislamiento:

...la autoacción del pensamiento ideológico arruina todas las relaciones con la realidad. La preparación ha tenido éxito

²¹ *Ibid.*, p. 571.

cuando los hombres pierden el contacto con sus semejantes tanto como con la realidad que existe en torno a ellos; porque, junto con estos contactos, los hombres pierden la capacidad tanto para la experiencia como para el pensamiento. El objeto ideal de la dominación totalitaria no es el nazi convencido o el comunista convencido, sino las personas para quienes ya no existe la distinción entre el hecho y la ficción (es decir, la realidad empírica) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, las normas del pensamiento).²²

El terror es la forma empírica de proceder de estas ideologías. El terror, a diferencia del miedo, no es un sentimiento de precaución o un efecto del instinto de sobrevivencia, es más bien la anulación de la vida, la producción de una existencia desértica, en la que no hay resquicio para la acción, la libertad ni la reflexión, en la que la vida se ve continuamente amenazada de sucumbir en sus propios abismos. El terror no tiene objetos, tampoco posee ejecutores, es una suerte de movimiento autónomo, un mecanismo independiente, el instrumento mismo del sistema ideológico. En este sentido, el terror aparece como la expresión fenomenológica de la fuerza inherente a la Naturaleza y la Historia, es una especie de instancia “sublime” que no puede ser figurado por ninguna subjetividad, ni contenido en ninguna imagen o proposición. Arendt nos dice:

El terror es la realización de la ley del movimiento: su objetivo principal es hacer posible que la fuerza de la Naturaleza o la Historia corra libremente a través de la Humanidad sin tropezar con ninguna acción espontánea. Como tal, el terror trata de ‘estabilizar’ a los hombres para liberar a las fuerzas de la Naturaleza o la Historia (...) El terror es la legalidad si la ley es la ley del movimiento de alguna fuerza supranatural, la Naturaleza o la Historia.²³

La lógica del pensamiento ideológico, expuesta en su pureza técnica, requiere del terror porque es lo que hace lugar a la obliteración de la experiencia, arruina y desfigura las rela-

²² *Ibid.*, p.574.

²³ *Ibid.*, p. 564.

ciones entre los hombres haciendo imposible la comunidad, el ser en y con todos, la esfera pública de la vida y condenando a los hombres a un aislamiento sin esperanzas. Hannah Arendt encuentra que es el aislamiento que produce el terror, lo que elimina la posibilidad de ser y estar en comunidad, y con ella la posibilidad de confiar en el mundo de la vida, en la propia existencia y en la que ella dona. En este sentido, el terror prepara el lugar para que el reinado sin tropiezos de la lógica del pensamiento ideológico, ya que presionando a los hombres unos contra otros, destruye el espacio entre ellos, los precipita a unos sobre otros: sin espacio no hay conexión o vinculación posible, sin espacio no hay acción o libertad, sin espacio no hay existencia.

Como hemos visto, esta lúcida reflexión de Hannah Arendt acerca de lo que se oculta tras toda la lógica del pensamiento ideológico, que se manifiesta claramente en los regímenes totalitarios, elabora una “explicación” posible que nos permite comprender el origen histórico y político de las paradojas fundamentales de la sociedad contemporánea, especialmente de aquellas que se refieren a la imposibilidad de comprensión, por parte del hombre, del mundo que su razón y sus capacidades han elaborado:

El poder actual del hombre moderno (más grande que nunca hasta el punto incluso de ser capaz de poner en peligro la existencia de su propio Universo) y la impotencia de los hombres modernos para vivir en ese mundo, para comprender el sentido de ese mundo que su propia fuerza ha establecido.²⁴

Universidad Simón Bolívar
sandrapinardi@gmail.com

²⁴ Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, Grupo Santillana de Ediciones, 2004, p. 10.

